



Domingo, 15 de febrero de 2009

DOMINICAL

Los más vendidos

De Ficción



La crisis Ninja y otros misterios de la economía

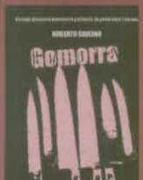
Leopoldo Abadía
Leopoldo Abadía explica de manera clara y positiva que hasta de las peores situaciones se puede salir bien parado.



El secreto

Rhonda Byrne

El Gran Secreto siempre ha estado presente de forma fragmentada en las tradiciones orales, en la literatura, religiones y distintas filosofías de todos los tiempos. Por primera vez, todos esos componentes se ha reunido en una revelación.



Gomorra

Roberto Saviano

Este increíble y fascinante relato real es un viaje al imperio empresarial y delictivo de la Camorra, que comienza y termina con el tráfico de las mercancías.



Por qué somos como somos

Eduardo Punset

La neurociencia nos enseña pautas fundamentales para comprender la individualidad de la conducta humana mediante el estudio del cerebro y del sistema nervioso.

Biblioteca

'EL LECTOR COMÚN'

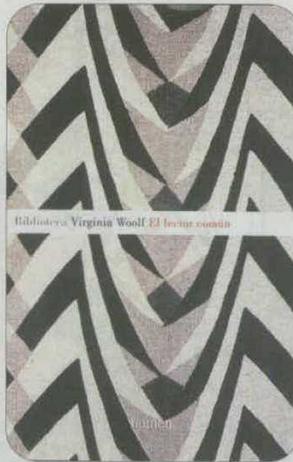
Cualquiera de nosotros

Virginia Woolf (1882-1941) formó parte del famoso grupo literario de Bloomsbury, nombre tomado del barrio donde vivieron ella y su hermana Vanessa. En 1912 se casó con Leonard Woolf, con quien dirigió la editorial Hogarth Press. Está considerada una de las escritoras más revolucionarias e imprescindibles del siglo XX. *Al faro*, *Orlando*, *Las olas...* son algunos de sus títulos más destacados.

Además de una considerable obra narrativa, Virginia Woolf nos dejó una importante obra ensayística en la que encontramos libros como *Una habitación propia* o la que hemos leído esta semana, *El lector común*. En ella nos da muestra de sus dotes como lectora aguda y lúcida, capaz de iluminar con sus aportaciones textos y temas literarios diferentes. El libro empieza con una breve referencia a lo que podríamos considerar un «lector común». En realidad, casi todos formamos parte de este sector, excepto los críticos o los lectores con una formación que les permita formular sentencias académicas. Woolf toma unas palabras prestadas de Samuel Johnson: «...me regocijo de coincidir con el lector común... incorrupto por prejuicios literarios». El lector común lee por placer más que para impartir conocimiento o corregir las opiniones ajenas. Todos conocemos al lector pedante que corrige constantemente, o que enseguida busca parecidos o referencias en la tradición, y relaciona autores y libros, puede que con intención de apabullarnos. Sin embargo, el lector común es bien capaz de sacar sus propias conclusiones, de reflexionar inteligentemente y de aportar su propia claridad al texto. Así es como Virginia se enfrenta a los autores y libros que comenta en estos ensayos, en estos comentarios reveladores, escritos con una habilidad asombrosa. Defoe, Jane Austen, las hermanas Brönte, Joseph Conrad, Thomas Hardy, De Quincey o Christina Rossetti son algunos de los nombres que desfilan ante su mirada.



Por Rosa Cayulino



Biblioteca Virginia Woolf. El lector común

Puchero de letras Por Sobral

Siempre Hitchcock

Cuando alguien se refiere a un autor diciendo aquello de «es un género en sí mismo», reconozco que siento una especie de flato intelectual dada la amplitud de una frase que me deja extenuado. Para empezar, ni siquiera estoy muy seguro de que lo de ser un género en sí mismo sea algo admirable; por otra parte, la siempre respetable subjetividad de quien se acerca a la obra de un autor hace que la proclamación me parezca tan discutible como la que establece la inmortalidad del cangrejo o la trisección del ángulo. No obstante, admito que existen creadores cuya obra es de una nevadura tan original y poderosa que nos llevan a pensar que en efecto conforman un mundo aparte y que cualquiera de las muestras de su talento es personal y fácilmente reconocible. Alfred Hitchcock podría ser uno de ellos. Si se me permite el bordar lo perogrullesco, diré que un Hitchcock siempre es un Hitchcock sea cual sea el enfoque de su cámara, el discurrir de su argumento, o la disección de sus personajes. Desde *La sombra de una duda* a *Frenesi*, desde *Rebeca* a *Extraños en el tren*, o desde *El proceso Paradine* a *Marnie la ladrona*, el cineasta británico sabe inevitablemente dejar en el espectador la huella de su morboso ingenio, logrando algo tan extraordinario como es el que incluso las más torturadas criaturas que pueblan sus películas se nos aparecen como seres a los que uno podría echar una mano en cualquier momento. En ese proceso de convertir lo criminal en algo «tolerable», o cuando menos comprensible, Hitchcock es definitivamente un maestro.



Seducido por esa maestría, un estudiante de cine de la mejicana Universidad de Guadalajara, Guillermo del Toro, escribió por encargo en 1986 un libro llamado a ser una guía de introducción en la filmografía de Hitchcock. Ahora, ese juvenil ensayo, *Hitchcock por Guillermo del Toro* (Espasa) aparece entre nosotros tal y como fue parido con el único añadido de un prólogo en el que el autor, también director cinematográfico, se disculpa de algunos de los «excesos» críticos con los que en su momento juzgó al maestro. Del Toro (Guadalajara, 1964) ha cumplido ya sus años, y, sobre todo, ha firmado unas cuantas películas, lo que posiblemente le habría llevado a juzgar hoy con menos severidad ciertos aspectos de la obra de Hitchcock. Sin embargo, ha querido -lo que a mi juicio le honra- que el libro fuera publicado tal cual, con la excepción del prólogo al que me he referido, para así dejar patente esa arrogancia característica de la juventud que también tiene derecho a encontrar su lugar bajo el sol. Del Toro se rinde ante un Hitchcock polifacético que sabe hallar en la vida cotidiana el germen del trastorno y que partiendo de la vulgancia de una vida insignificante encuentra el camino del más soberbio desorden. Hitchcock en estado puro. Haga lo que haga, ahí está. Como bien dice Del Toro al evocar una película tan atípica como *Yo confieso*: «¡Un film de suspense católico, menudo logro!». El mejicano guarda un espacio para el trabajo televisivo de Hitchcock, un aspecto tal vez no suficientemente valorado hasta ahora. Esos 350 episodios de *Alfred Hitchcock presenta*, y *La hora de Alfred Hitchcock*, con independencia de que la dirección corriera muchas veces a su cargo, aunque sí la responsabilidad de los mismos, conforman uno de los mejores legados que un realizador puede haber dejado a un medio estéticamente tan poco agradecido como es la televisión. Y es que realmente Hitchcock podía con todo.



A CADASCÚ EL QUE ÉS SEU
Leonardo Sciascia
Ed. 62. Barcelona, 2009

Leonardo Sciascia (Agrigento, 1921-Palermo, 1989) es uno de los más destacados creadores de novela negra, si bien fue autor, además, de numerosos ensayos sobre literatura y política. En *A cada cuál el que es suyo* (1966) nos elabora un perfecto retrato del pueblo siciliano y las sutiles imbricaciones políticas de la mafia. Con la amargura e ironía características de sus obras, pone en escena, para ello, el caso de Manno, un farmacéutico tranquilo y bueno, que nunca ha hecho mal a nadie ni se ha metido en asuntos de política, que de pronto un día recibe una carta anónima con una amenaza de muerte. La amenaza no se hace esperar.



CUENTOS DEL PARAÍSO DESCONOCIDO
Selección de J.M. García Gil
Algaída Editores. Sevilla, 2008

La colección Calembé está especializada en la recolección de cuentos e historias de diferentes pueblos del mundo. En este volumen se trata de cuentos de Costa Rica. Son relatos diversos, heterogéneos y caóticos de cuentistas que pertenecen a una nueva generación, ajena tanto a los realismos mágicos como a la influencia indigenista y que presenta una renovación literaria en su tendencia al compromiso y una nueva vertiente estética. Es una literatura poco conocida, que nadie busca ni destaca, en la que han sido importantes cada vez con más fuerza las voces femeninas, pues ellas han cambiado el rumbo de la escritura en este país.



DIARIO
Hélène Berr
Anagrama. Barcelona, 2009

Dentro de poco tendremos en las librerías este interesante diario de Hélène Berr (1921-1945), que comenzó a escribir a los veintiún años. Se trata de un texto de una gran madurez literaria, escrito por esta entonces estudiante de filología inglesa en la Sorbona, que tocaba el violín y llevaba una vida feliz con su familia y sus amigos. En marzo de 1944 son arrestados y llevados a Drancy, para ser enviados a Auschwitz. Pero viaja en la «marcha de la muerte» a Bergen-Belsen, donde morirá unos días antes de que el campo sea liberado en 1945. Su familia donó este diario al Memorial del Holocausto de París y ahora ya es más que un texto famoso.